

SOBRE LA CORRESPONDENCIA DESDE UN MUNDO MODERNO LÍQUIDO

Cartas desde el mundo moderno líquido... Esto es lo que me pidieron que escribiera y enviara a sus lectores cada dos semanas los redactores de *La Repubblica delle Donne*, y lo que he hecho durante casi dos años (2008 y 2009; están recopiladas aquí en una versión corregida y, en cierto modo, ampliada).

Desde el mundo «moderno líquido»: es decir, desde el mundo que compartimos usted y yo, el autor de las cartas que siguen y sus posibles/probables/esperados lectores. El mundo que denomino «líquido» porque, como todos los líquidos, no se mantiene inmóvil ni conserva mucho tiempo su forma. En este mundo nuestro, todo o casi todo cambia constantemente: las modas que seguimos y los objetos de nuestra atención (una atención constantemente cambiante, hoy alejada de las cosas y los acontecimientos que la atraían ayer, y mañana alejada de las cosas y los acontecimientos que hoy nos estimulan), lo que soñamos y lo que tememos, lo que deseamos y lo que aborrecemos, los motivos que infunden esperanzas o los que suscitan preocupación. Y las condiciones que nos rodean, las condiciones en que nos ganamos la vida e intentamos planificar el futuro, en las que conectamos con algunas personas y nos desconectamos (o nos desconectan) de otras, son también cambiantes. Las oportunidades de alcanzar una mayor felicidad y las amenazas de sufrimiento fluyen o flotan a la deriva, van y vienen, cambian de lugar, generalmente de una forma tan ágil y veloz que nos impide hacer algo sensato y eficaz para dirigir las o redirigirlas, mantenerlas con el mismo rumbo o evitarlas.

En síntesis: este mundo, nuestro mundo moderno líquido, no cesa de sorprendernos. Lo que hoy parece seguro y adecuado

mañana puede resultar trivial, descabellado o un error lamentable. Ante la sospecha de que esto puede ocurrir, sentimos que —al igual que el mundo que habitamos— nosotros, sus residentes, y, de vez en cuando, sus diseñadores, actores, usuarios y víctimas, debemos estar constantemente preparados para el cambio; debemos ser, como sugiere la palabra que está tan de moda en la actualidad, «flexibles». Por ello ansiamos obtener más información sobre lo que ocurre y sobre lo que es probable que suceda. Afortunadamente, ahora disponemos de algo que nuestros padres no podían siquiera imaginar: tenemos Internet y la red global, «autopistas de información» que nos conectan al instante, «en tiempo real», con todos los rincones y resquicios del planeta, y todo ello dentro de los prácticos teléfonos móviles de bolsillo o los iPods, que están a nuestro alcance día y noche y en cualquier lugar al que nos desplazemos. ¿Afortunadamente? ¡Ay!, acaso no sea una situación tan afortunada, puesto que la pesadilla de la insuficiencia de información que hizo sufrir a nuestros padres ha sido sustituida por la pesadilla, aún más sobrecogedora, de una riada de información que amenaza con ahogarnos y prácticamente nos impide nadar o bucear (entendidas, estas acciones, como algo diferenciado de la deriva o el *surf*). ¿Cómo discernir los mensajes relevantes del ruido carente de sentido? ¿Cómo inferir los mensajes relevantes a partir del ruido baladí? En la algarabía de las sugerencias y opiniones contradictorias, carecemos de una trilladora que nos ayude a separar el grano verdadero e interesante de la paja de mentiras, apariencias, basura y escoria...

En estas cartas intentaré hacer lo que haría una trilladora (inexistente ahora, por desgracia, y tal vez durante bastante tiempo) si la tuviéramos a nuestro alcance: empezar a separar lo importante de lo insustancial, las cosas relevantes —que probablemente lo serán cada vez más— de las falsas alarmas y las flores de un día. No obstante, dado que, como he señalado antes, este mundo moderno líquido está en constante movimiento, nos guste o no, consciente o inconscientemente, con alegría o pesadumbre, nos hallamos también en un constante movimiento aunque intentemos permanecer quietos en un solo lugar. Las cartas, por

lo tanto, no son sino «crónicas de viaje», aunque el autor no se ha movido de Leeds, la ciudad en la que vive; y las historias que cuentan serán documentales de viajes: relatos que surgen de los viajes y versan sobre ellos.

Walter Benjamin, filósofo con una notable agudeza visual para detectar el menor atisbo de lógica y sistema en los temblores culturales aparentemente difusos y aleatorios, distinguía entre dos tipos de relatos: los relatos de navegantes y los relatos de campesinos. Los primeros narran cosas extrañas e inauditas, sobre lugares lejanos nunca visitados hasta ahora, y probablemente tampoco en el futuro, sobre monstruos y mutantes, brujas y hechiceras, caballeros galantes e intrigantes malhechores, individuos marcadamente distintos de los que escuchan el relato de tales hazañas, seres que hacen cosas que otras personas (sobre todo las que escuchan, absortas y embelesadas, el relato del navegante) nunca contemplarán ni imaginarán, ni mucho menos se atreverán a hacer. Los relatos de campesinos, por el contrario, narran acontecimientos ordinarios, cercanos y aparentemente familiares, como el sempiterno ciclo de las estaciones o las tareas cotidianas del hogar, la granja o el campo. Digo que son *aparentemente* familiares, porque la impresión de que se conocen a fondo esas cosas, desde el interior, y de que, por tanto, uno no espera aprender nada nuevo de ellas, es también una falsa apariencia, que proviene precisamente de que se hallan tan cerca de la vista que no percibimos con claridad lo que son. Nada escapa al análisis de forma tan hábil, decidida y obstinada como las cosas que se encuentran «al alcance de la mano», las que «siempre están ahí» y «nunca cambian». Por así decirlo, «se ocultan bajo la luz», una luz de engañosa y equívoca familiaridad. Su carácter ordinario es una pantalla que disuade de todo escrutinio. Para que sean objetos de interés y análisis primero deben desgajarse de ese círculo vicioso, aunque agradable, de la cotidianidad rutinaria que entumece los sentidos. Primero deben alejarse de la vista para que sea concebible examinarlos de manera adecuada. El engaño de su carácter supuestamente «ordinario» debe declararse desde el principio. Y entonces los misterios que esconden, misterios profusos y pro-

fundos que se vuelven extraños y enigmáticos en cuanto uno empieza a pensar en ellos, pueden salir a la luz de una forma que hace posible la exploración.

La distinción establecida por Benjamin hace casi un siglo ya no es tan nítida como antaño: los navegantes ya no tienen el monopolio de visitar tierras extrañas, al tiempo que en un mundo globalizado, donde ningún lugar está realmente a salvo del efecto de cualquier otro lugar del planeta, por lejano que sea, resulta difícil discernir los relatos contados por un anciano campesino de las historias de navegantes. Pues bien, lo que intentaré presentar en mis cartas es, por así decirlo, una serie de relatos de *navegantes* narrados por *campesinos*. Cuentos extraídos de la vida cotidiana, pero de manera que revelen y expongan lo extraordinario que, de otro modo, pasaría desapercibido. Para que podamos conocerlas de verdad, las cosas aparentemente *familiares* primero deben volverse *extrañas*.

Es una tarea difícil. Desde luego, el éxito no está garantizado y el éxito pleno es, cuando menos, sumamente dudoso. Pero ésta es la tarea que acometen el autor y los lectores de estas 44 cartas en esta aventura común.

Pero ¿por qué 44? ¿Tiene algún sentido especial la elección de este número en vez de cualquier otro, o es una decisión casual, arbitraria y aleatoria? Sospecho que la mayor parte de los lectores (tal vez todos, salvo los polacos...) se plantearán esta pregunta. Les debo alguna explicación.

El mayor de los poetas románticos polacos, Adam Mickiewicz, evocó una figura misteriosa, un híbrido o mezcla de plenipotenciario de la libertad, su portavoz y apoderado, por una parte, y por otra su gobernador o representante en la Tierra. «Se llama Cuarenta y Cuatro»: así es como presenta a esa abstrusa criatura uno de los personajes del poema de Mickiewicz en el anuncio/premonición de su inminente llegada. Pero ¿a qué obedece ese nombre? Muchos historiadores de la literatura, inmensamente mejor dotados que yo para responder a esta pregunta, han intentado en vano desentrañar el misterio. Algunos han sugerido que la elección se debe a la suma de los valores numéricos

de las letras del nombre del poeta escrito en hebreo, tal vez una alusión a la enorme relevancia del poeta en la lucha de Polonia por la liberación, así como al origen judío de la madre del poeta. Sin embargo, la interpretación más aceptada hasta ahora es que Mickiewicz eligió esa frase de magnífica sonoridad (en polaco: *czterdzieści i cztery*) sencillamente al hilo de la inspiración, motivado (si no fue algo totalmente fortuito, como suele suceder con los destellos de la imaginación) por la búsqueda de la armonía poética, más que por una intención de transmitir un mensaje críptico.

Las cartas recopiladas aquí bajo una misma cubierta se redactaron durante un período de casi dos años. ¿Cuántas debería haber? ¿Cuándo y dónde habría que parar? Es improbable que se agote el impulso de escribir cartas desde el mundo moderno líquido, pues este tipo de mundo, que se saca constantemente nuevas sorpresas de la manga e inventa a diario nuevos desafíos para la comprensión humana, se ocupará de que no se agote. Las sorpresas y los desafíos están dispersos por todo el espectro de la experiencia humana y, por lo tanto, sólo podrá ser arbitraria la elección de un punto que ponga fin a su crónica epistolar y a la vez limite el alcance de ésta. Estas cartas no son una excepción. Su número se ha elegido de forma arbitraria.

Pero ¿por qué este número y no otro? Porque la cifra 44, gracias a Adam Mickiewicz, se ha equiparado al respeto reverencial por la libertad y al deseo de que ésta llegue. Y, por tanto, estos signos numéricos, aunque de una manera oblicua y sólo para los iniciados, se han convertido en el motivo rector de estas misivas. El espectro de la libertad está presente en las 44 cartas, por lo demás temáticamente diversas, si bien, como sucede con la naturaleza de los espectros que hacen honor a su nombre, es invisible.

SOLEDAD MASIFICADA

En la página web de la revista *Chronicle of Higher Education* (<http://chronicle.com>) se publicó recientemente el caso de una adolescente que enviaba 3.000 mensajes de texto al mes. Esto significa que enviaba una media de cien mensajes diarios, es decir, uno cada diez minutos de vigilia, «por la mañana, a mediodía y por la noche, en días laborables y fines de semana, en las horas de clase, a la hora de comer, a la hora de hacer los deberes y a la hora de lavarse los dientes». Lo que se desprende es que no estaba sola más de diez minutos; es decir, nunca estaba a solas «consigo misma», con sus pensamientos, sueños, preocupaciones y esperanzas. A estas alturas habrá olvidado, probablemente, cómo se vive —se piensa, se hacen cosas, se ríe o se llora— en compañía de uno mismo, sin la compañía de los demás. Es más, nunca ha tenido la oportunidad de aprender ese arte. Si en algo no es la única es en su incapacidad de practicarlo...

Los dispositivos de bolsillo para enviar y recibir mensajes no son las únicas herramientas que necesitan esa chica y las demás personas que, como ella, sobreviven sin ese arte. El profesor Jonathan Zimmerman, de la Universidad de Nueva York, observa que hasta tres de cada cuatro adolescentes estadounidenses se pasan todos los minutos de su tiempo disponible pegados a los sitios web de Facebook o MySpace: chateando. Sugiere Zimmerman que están enganchados a provocar y recibir ruidos electrónicos o destellos en la pantalla. Los sitios web de chat son, según este autor, nuevas drogas muy potentes a las que son adictos los adolescentes. Son bien conocidos los síndromes de abstinencia que sufre la gente, joven o no tan joven, adicta a otro tipo de drogas; cabe imaginar, por tanto, la agonía por la que pasarán esos ado-

lescentes si algún virus (o sus padres, o sus profesores) les bloquea las conexiones a Internet o les deja los móviles inoperativos.

En este mundo impredecible, siempre sorprendente y obstinadamente desconocido, la posibilidad de quedarse solo puede resultar espantosa; podríamos citar numerosas razones para concebir la soledad como un estado sumamente desagradable, amenazador y terrorífico. Sería tan injusto como estúpido culpar sólo a la electrónica de lo que le sucede a la gente nacida en un mundo entretrejado de conectividad por cable o inalámbrica. Los artilugios electrónicos responden a una necesidad que no han creado; lo máximo que pueden haber hecho es agudizar y acentuar una necesidad ya creada previamente, a medida que los medios que inciden sobre ella han pasado a estar tentadoramente al alcance de todos, sin que requieran mayor esfuerzo que pulsar unas teclas. Los inventores y vendedores de los «Walkman», los primeros dispositivos móviles que permitían «oír el mundo» cuando y donde quisiera el usuario, prometían a sus clientes: «¡Nunca más (volverá a estar) solo!». Evidentemente, eran conscientes de lo que decían, y sabían por qué este eslogan publicitario probablemente iba a aumentar las ventas de los dispositivos, como de hecho ocurrió en incontables millones de casos. Sabían que en las calles había millones de personas que se sentían solas y detestaban la soledad como algo doloroso y aborrecible; personas no sólo privadas de compañía, sino que sufrían a causa de dicha ausencia. A medida que aumentaban los hogares familiares vacíos durante el día, y las chimeneas y los comedores eran sustituidos por los televisores en todas las habitaciones —a medida que el individuo, podríamos decir, «quedaba atrapado en su propio capullo»—, cada vez menos gente podía contar con el animoso y vigorizante calor de la compañía humana; sin ella no sabían cómo llenar sus horas y sus días.

La dependencia del ruido ininterrumpido que emitía el Walkman ahondó el vacío que dejaba la falta de compañía. Y cuanto más se hundían los usuarios en ese vacío, menos capaces eran de utilizar los medios anteriores a la alta tecnología, como los músculos y la imaginación, para escapar de él. Con la llegada de Internet, fue posible olvidar u ocultar ese vacío y, por lo tanto, eliminar su to-

xicidad; al menos se pudo aliviar el dolor que causaba. Esa anhelada compañía, cada vez más ausente, parecía haber vuelto a través de las pantallas electrónicas más que por las puertas de madera, y en una nueva encarnación analógica o digital, pero virtual en ambos casos: la gente que luchaba por evitar la tortura de la soledad descubrió que esta nueva forma suponía una notable mejora con respecto a la modalidad cara a cara y mano a mano. Con el olvido o la falta de aprendizaje de las habilidades interactivas presenciales, todos los aspectos que podían entenderse como carencias de la «conexión» virtual *online* fueron acogidos como una ventaja. Lo que ofrecían Facebook, MySpace y otros sitios similares ha sido recibido como lo mejor de ambos mundos. O, al menos, eso les parecía a quienes anhelaban desesperadamente la compañía humana pero se sentían incómodos, ineptos o desafortunados en los encuentros sociales.

Para empezar, ya no es necesario estar solos. En cualquier minuto —veinticuatro horas al día, siete días a la semana— basta con pulsar un botón para que aparezca la compañía, como por arte de magia, de entre una colección de seres solitarios. En ese mundo *online*, nadie está lejos nunca, todos parecen estar constantemente a nuestra disposición, y aunque alguno se quede dormido en un determinado momento, siempre hay alguien dispuesto a enviar un mensaje, o a parlotear unos segundos, de forma que la ausencia temporal pase desapercibida. En segundo lugar, se puede entablar «contacto» con otras personas sin iniciar necesariamente una interacción que amenace con entregar rehenes al destino, o que siga una trayectoria poco deseable. El «contacto» puede romperse al menor indicio de que la interacción sigue un rumbo inadecuado: por lo tanto, no existe el riesgo, ni tampoco la necesidad de buscar excusas, disculparse o mentir; basta con una sutil pulsación, totalmente indolora y segura. Ya no es necesario temer la soledad, ni exponerse a las exigencias ajenas, a una exigencia de sacrificio o compromiso, de hacer algo que a uno no le apetece sólo porque otros lo desean. Esa reconfortante sensación puede disfrutarse incluso en medio de una sala abarrotada, o merodeando entre los concurridos vestíbulos de un centro comercial, o paseando por la

calle entre multitud de amigos y transeúntes; siempre cabe la posibilidad de «estar espiritualmente ausentes» y «solos», así como de notificar a los demás la voluntad de no estar en contacto, aquí y ahora; es posible apartarse de la multitud tecleando un mensaje dirigido a alguien que se encuentra físicamente ausente y que, por lo tanto, momentáneamente no exige ni se compromete, un «contacto» seguro, o bien ojeando un mensaje que acaba de llegar de una persona así. Con este tipo de dispositivos en la mano, es posible, si se desea, estar solos en medio de un rebaño en estampida; y de forma instantánea, en cuanto la compañía resulta demasiado agobiante y opresiva. No juramos lealtad hasta la muerte, y cabe esperar que siempre haya alguien «disponible» cuando lo necesitemos, sin tener que soportar las desagradables consecuencias de estar constantemente disponibles para los demás...

¿Es el paraíso terrenal? ¿Se cumple, por fin, el sueño? ¿Se ha resuelto la ambivalencia supuestamente inquietante de la interacción humana, reconfortante y estimulante, pero engorrosa y llena de escollos? Las opiniones en este punto están divididas. Lo que parece incuestionable, sin embargo, es que hay que pagar un precio por todo ello, un precio que puede resultar, si se piensa bien, demasiado elevado. Porque cuando uno pasa a estar «siempre conectado», puede que nunca esté total y verdaderamente solo. Y si nunca está solo, entonces (por citar una vez más al profesor Zimmerman), «es menos probable que uno lea un libro por placer, dibuje, se asome a la ventana e imagine mundos distintos de los propios... Es menos probable que uno se comunique con la gente real del entorno inmediato. ¿Quién quiere hablar con sus familiares si tiene a los amigos a un clic de distancia?» (en una fascinante diversidad y en cantidades inagotables; hay, quisiera añadir, quinientos «amigos» o más en Facebook).

Al huir de la *soledad*, se pierde la oportunidad de disfrutar del *aislamiento*, ese sublime estado en el que es posible «evocar pensamientos», sopesar, reflexionar, crear y, en definitiva, atribuir sentido y sustancia a la comunicación. Pero entonces, al no haber paladeado su sabor, uno nunca sabrá lo que se ha perdido, la ocasión que ha dejado pasar.

CONVERSACIONES ENTRE PADRES E HIJOS

Al comienzo de uno de sus relatos extraordinarios, «La busca de Averroes», el gran escritor argentino Jorge Luis Borges señala que en él intentó «narrar el proceso de una derrota», como cuando un teólogo busca la prueba definitiva e irrefutable de la existencia de Dios, un alquimista la piedra filosofal, un aficionado a la tecnología el móvil perpetuo, o un matemático la cuadratura del círculo. Pero luego decidió que «más poético» sería «el caso de un hombre que se propone un fin que no está vedado a los otros, pero sí a él». Escogió el caso de Averroes, el gran filósofo musulmán que decidió traducir la *Poética* de Aristóteles, pero que, «encerrado en el ámbito del Islam, nunca pudo saber el significado de las voces *tragedia* y *comedia*». De hecho, «sin haber sospechado lo que es un teatro», Averroes estaba ineludiblemente abocado al fracaso al intentar «imaginar lo que es un drama».

Como tema de un relato maravilloso narrado por un gran escritor, el caso escogido por Borges resulta ser, en efecto, «más poético». Pero si se observa desde una perspectiva sociológica, menos inspirada y bastante rutinaria, resulta bastante *prosaico*. Sólo unas pocas almas intrépidas intentan construir un móvil perpetuo o encontrar la piedra filosofal; pero intentar en vano comprender lo que otros no tienen dificultad en comprender es una experiencia que todos conocemos muy bien por la observación personal, y que adquirimos diariamente, tal vez más ahora, en el siglo XXI, que nuestros antepasados. Pensemos en un ejemplo: la comunicación con sus hijos, si tiene. O con sus padres, si no ha dejado pasar esa oportunidad...

La incompreensión mutua entre generaciones, entre «viejos» y «jóvenes», y la recíproca suspicacia que genera tienen una larga

historia. Los síntomas de dicha suspicacia se remontan a épocas muy antiguas. Pero la suspicacia intergeneracional es más notoria en nuestra era *moderna*, caracterizada por continuos cambios, profundos y acelerados, en las condiciones de vida. La aceleración radical del ritmo del cambio característica de la modernidad, en marcada oposición con los siglos de interminable reiteración y de cambio lento, ha posibilitado la experimentación y observación personal, a lo largo de la vida de un único individuo, de que «las cosas cambian» y «las cosas ya no son como antes». Tal conciencia implicaba una asociación (o incluso un vínculo causal) entre los cambios de la condición humana y el final de las generaciones anteriores y la llegada de las nuevas.

Una vez establecida tal implicación, se hizo evidente y se daba por sentado que (al menos desde el comienzo de la modernidad y durante todo ese período) las cohortes de edad que llegaban al mundo en diversas fases de la continua transformación solían *diferir* notablemente en la evaluación de las condiciones de vida que *compartían*. Como norma general, los niños llegan a un mundo drásticamente distinto del que vivieron sus padres en los años de la infancia, el mundo en el que se educaron y que se acostumbraron a tomar como estándar de «normalidad»; los hijos, en cambio, nunca conocerán ese mundo de la juventud de sus padres, ya desaparecido. Lo que algunos grupos de edad pueden considerar «natural», «la manera como son las cosas», «el modo en que *se hacen normalmente* las cosas» y, por tanto, «tal como *deben* hacerse», otros pueden verlo como una aberración: una desviación de la norma, una situación extraña y acaso también ilegítima e insensata, injusta, abominable, deleznable o ridícula, y que pide a gritos una revisión a fondo. Lo que a algunas cohortes les puede parecer un estado cómodo y confortable, que facilita el despliegue de habilidades y rutinas adquiridas y perfeccionadas, puede resultar extraño y desagradable para otras; los individuos de otras edades pueden sentirse en su elemento en situaciones que incomodan, desconciertan y desorientan a otras personas.

Las diferencias de percepción han llegado a ser tan multifacéticas que, a diferencia de los tiempos premodernos, los jóvenes ya

no son considerados por las generaciones mayores como «adultos en miniatura», «adultos en potencia», «seres no plenamente maduros, sino abocados a madurar» (entendiendo «madurar» como «ser como nosotros»). En la actualidad, se espera o se prevé que los jóvenes estén «en vías de convertirse en adultos *como nosotros*», pero se los considera un *tipo* de gente bastante *distinto*, destinado a preservar sus diferencias «respecto de nosotros» a lo largo de la vida. Las diferencias entre «nosotros» (los mayores) y «ellos» (los jóvenes) ya no se consideran molestias pasajeras tendentes a disolverse y evaporarse cuando los jóvenes (inevitablemente) se percaten de las realidades de la vida. Están abocadas a perdurar; son irrevocables.

En consecuencia, los grupos de edad mayores y jóvenes tienden a verse mutuamente con una mezcla de incomprensión y tergiversación. Los mayores temerán que los recién llegados al mundo arruinen y destruyan esa «normalidad» familiar, cómoda y aceptable, que ellos y sus mayores han construido laboriosamente y preservado con cariño; los jóvenes, por el contrario, sentirán el impulso de poner orden en lo que los veteranos han estropeado o desordenado. Unos y otros estarán insatisfechos (al menos no plenamente satisfechos) con la actual situación en la que parece moverse su mundo, y culparán de la incomodidad a la otra parte. En dos números consecutivos de un semanario británico muy respetado, se publicaron dos afirmaciones/valoraciones marcadamente discrepantes: un columnista acusó a «los jóvenes» de ser «estúpidos, perezosos, inútiles y plagados de clamidia», a lo cual un lector respondió airado que los jóvenes supuestamente perezosos e indolentes en realidad «alcanzan grandes logros académicos» y «se preocupan por el caos que han creado los adultos». ¹ Aquí, como en otras muchas discrepancias similares, la diferencia se daba entre *evaluaciones* y *puntos de vista* de tintes subjetivos. En casos así, la controversia resultante no se puede resolver «objetivamente».

Pero recordemos que el grueso de la generación joven actual nunca ha pasado privaciones ni ha conocido largas depresiones económicas o un desempleo masivo sin perspectivas de mejora.

Nacieron y crecieron en un mundo donde podían resguardarse bajo un paraguas parapeto producido por la sociedad y ofrecido como servicio público, siempre a su disposición y alcance, preparado para protegerlos de las inclemencias del tiempo, de la fría lluvia y el viento gélido, en un mundo caracterizado por el deseo/la expectativa de que cada mañana el sol brillase más intensamente que el día anterior y con mayor abundancia de aventuras placenteras. Sin embargo, mientras escribo estas palabras, se ciernen sobre ese mundo oscuros nubarrones que ennegrecen día a día. Puede que no dure mucho tiempo la condición feliz, optimista y prometedora que los jóvenes llegaron a concebir como el estado «natural» del mundo. El sedimento de la última depresión económica —el desempleo prolongado, la drástica reducción de las oportunidades vitales y el panorama cada vez más negro de las perspectivas de futuro— puede persistir a largo plazo, o acaso indefinidamente; y no es probable que vuelvan pronto los días soleados, cada vez más radiantes, si es que alguna vez lo hacen.

Así pues, todavía es demasiado pronto para decidir cómo encajarán las arraigadas actitudes y visiones del mundo de los jóvenes actuales en el mundo venidero, y cómo encajará ese mundo en las arraigadas expectativas juveniles.

OFFLINE, ONLINE

Ann-Sophie, de 20 años, alumna de la Escuela de Negocios de Copenhague, respondió a las preguntas formuladas por Fleming Wisler: «No quiero que la vida me controle demasiado. No quiero sacrificarlo todo por mi trayectoria profesional. [...] Lo más importante es estar a gusto [...]. Nadie quiere permanecer mucho tiempo atado a un puesto de trabajo». ² Dicho de otro modo: no renuncies a otras opciones. No jures lealtad «hasta que la muerte nos separe» a nadie ni a nada. El mundo está lleno de oportunidades maravillosas, seductoras y prometedoras; sería una locura pasarlas por alto atándose de manos y pies a ciertos compromisos irrevocables...

No es extraño que el *surf* figure entre los primeros puestos de las habilidades vitales básicas que los jóvenes tienden a adquirir, y ansían dominar, por encima de otras más anticuadas, como el «sondeo» y la «exploración» de las profundidades. No obstante, tal y como señala Katie Baldo, orientadora escolar de la Cooperstown Middle School, en el estado de Nueva York, «los adolescentes no captan algunos estímulos sociales importantes porque están demasiado absortos en los iPods, los móviles o los videojuegos. Lo veo constantemente por los pasillos, cuando no son capaces de saludar o de establecer contacto ocular». ³ El contacto ocular y, por lo tanto, el reconocimiento de la proximidad física de otro ser humano auguran un despilfarro: presagian la necesidad de gastar una parte de un tiempo precioso, lamentablemente escaso, en una honda inmersión (algo necesario para la exploración de las profundidades), decisión que interrumpiría o impediría el *surf* por muchas otras superficies no menos (o tal vez más) sugerentes.

En una vida de continua emergencia, las relaciones *virtuales* superan fácilmente lo «real». Aunque es ante todo el mundo *offline* el que impulsa a los jóvenes a estar constantemente en movimiento, tales presiones serían inútiles sin la capacidad electrónica de multiplicar los encuentros interpersonales, lo que les confiere un carácter fugaz, desechable y superficial. Las relaciones virtuales están provistas de las teclas «suprimir» y «spam», que protegen de las pesadas consecuencias (sobre todo, la pérdida de tiempo) de la interacción en profundidad. Uno no puede sino recordar a Chance (un personaje interpretado por Peter Sellers en la película de 1979 *Bienvenido, Mr. Chance*, dirigida por Hal Ashby), quien, tras aparecer en una calle bulliciosa después de un prolongado y peculiar *tête-à-tête* con el mundo-tal-como-se-ve-por-televisión, intenta en vano borrar de su campo visual a una inquietante panda de delincuentes juveniles con la ayuda de un mando a distancia.

Para los jóvenes, el principal atractivo del mundo virtual proviene de la ausencia de las contradicciones y los malentendidos que caracterizan la vida *offline*. A diferencia de la alternativa *offline*, el mundo *online* hace concebible —es decir, posible y viable— la multiplicación infinita de los contactos. Lo logra mediante la mengua de la duración y, en consecuencia, el *debilitamiento* de los vínculos que propician y refuerzan la duración, en marcado contraste con el mundo *offline*, que se caracteriza por el continuo afán de reforzar los vínculos, limitando severamente el número de contactos al tiempo que se amplían y profundizan. Esto representa una notable ventaja para los hombres y las mujeres que se atormentan sólo de pensar que un paso que han dado podría haber sido (acaso) un error, y de que tal vez (quién sabe) sea tarde para reparar la pérdida. De ahí el resentimiento contra todo lo que recuerda a un compromiso «a largo plazo», ya sea la planificación de la propia vida o los compromisos con otros seres vivos. Un anuncio reciente, apelando a los valores de la generación más joven, presentaba una nueva máscara de pestañas que «promete belleza durante veinticuatro horas» con el siguiente comentario: «Atrévete con una relación comprometida. Con un solo toque,

esas preciosas pestañas soportarán la lluvia, el sudor, la humedad, las lágrimas. Pero no temas, esta fórmula especial se limpia fácilmente con agua tibia». Veinticuatro horas semejan una «relación comprometida», pero ni siquiera un «compromiso» tan breve sería una opción atractiva si las consecuencias no fueran tan fáciles de eliminar.

La elección que se tome tendrá reminiscencias del «manto liviano» de Max Weber, uno de los fundadores de la sociología moderna, la prenda que podía retirarse de los hombros a voluntad, en un instante y sin gran esfuerzo, a diferencia de la «coraza de acero», que ofrecía una protección eficaz y duradera contra las turbulencias, pero resultaba difícil de desmontar y entorpecía el movimiento de la persona, además de limitar el espacio para el ejercicio de la libre voluntad. Para el joven lo más importante es conservar la capacidad de *redefinir* la «identidad» y la «red» en cuanto surge —o se sospecha que surge— la necesidad (o el antojo) de redefinirlas. La preocupación de sus ancestros por la identificación única y exclusiva da paso a un creciente interés por la perpetua *reidentificación*. Las identidades deben ser *desechables*; una identidad insatisfactoria o no suficientemente satisfactoria, así como una identidad que revela su avanzada edad, debe ser *fácil de abandonar*; la biodegradabilidad sería tal vez el atributo ideal de la identidad más deseada en nuestro tiempo.

Las capacidades interactivas de Internet parecen concebidas para satisfacer esta nueva necesidad. En el entorno de Internet, la *cantidad* de conexiones, más que la *calidad*, determina las oportunidades de éxito o fracaso. Es posible mantenerse *al corriente* de los últimos rumores de la ciudad, y de las opciones «indispensables» que impone dicho rumor: los grandes éxitos de moda, los últimos diseños de camisetas, las últimas hazañas de los famosos de turno, las fiestas, los festivales y las actividades más recientes y candentes del momento. De forma simultánea, este entorno contribuye a actualizar los contenidos y a redistribuir las prioridades en el retrato del propio yo, así como a borrar enseguida las huellas del pasado, los contenidos y las prioridades que ahora resultan vergonzosamente trasnochados. En conjunto, Internet fa-

cilita, impulsa y requiere una incesante labor de *reinención* hasta un extremo inalcanzable en la vida *offline*. Éste es acaso uno de los motivos más importantes que explican el tiempo que pasa la «generación electrónica» en el universo virtual: un tiempo creciente, en detrimento del tiempo vivido en el mundo «real» (*offline*).

Los referentes de los principales conceptos que enmarcan y representan el *Lebenswelt*, el mundo vivido, el mundo de la experiencia *personal* de los jóvenes, son gradualmente trasplantados del mundo *offline* al mundo *online*. Conceptos como «contactos», «citas», «reunión», «comunicación», «comunidad» o «amistad», todos ellos referidos a las relaciones interpersonales y a los vínculos sociales, son los más notorios en este aspecto. Uno de los efectos más destacados de la nueva localización de referentes es la percepción de los actuales vínculos y compromisos sociales como fotografías instantáneas en el proceso continuo de renegociación, en lugar de como estados constantes que tienden a durar indefinidamente. (Pero debo señalar que una «fotografía instantánea» no es una metáfora totalmente acertada. Aunque las fotografías son «instantáneas», pueden conllevar mayor durabilidad de la que poseen los vínculos y compromisos de mediación electrónica. La palabra «instantánea» pertenece al vocabulario de la fotoimpresión y el papel fotográfico, que acepta una sola imagen en toda su vida útil, mientras que para los vínculos electrónicos *borrar* y *reescribir* o *sobrecribir*, actos inconcebibles en el caso de los negativos de celuloide y los papeles fotográficos, son los recursos más importantes y socorridos; por lo tanto, son el único atributo indeleble de los vínculos de mediación electrónica.)

COMO HACEN LOS PÁJAROS

«Twitter» es la palabra inglesa para es el sonido que emiten los pájaros cuando gorjean. Y, como bien saben los expertos en la vida de las aves, el gorjeo desempeña dos funciones de apariencia contradictoria, pero igualmente esenciales en la vida de estos animales: les permite mantenerse en contacto (es decir, evita que se pierdan o pierdan de vista a sus parejas o al resto de la bandada) e impide que otras aves, en particular otras de la misma especie, transgredan el territorio del que se han apropiado o pretenden apropiarse. El gorjeo no transmite ningún otro mensaje, por lo que sus «contenidos» (aunque los hubiera, cosa que no ocurre) serían irrelevantes; lo que cuenta es que el sonido se emita y (con un poco de suerte) alguien lo oiga.

No sé si Jack Dorsey, que fundó el sitio web denominado Twitter en 2006, cuando todavía era estudiante, se inspiró en una costumbre con millones de años de antigüedad en el mundo de las aves. Pero los 55 millones mensuales de visitantes de su sitio web parecen haber adoptado esa costumbre, consciente o inconscientemente. Y al parecer han descubierto que les resulta bastante útil para sus fines y necesidades. Según calculó Peder Zane, del diario *News and Observer*, el 15 de marzo de 2009, el número de usuarios de Twitter se incrementó durante el último año en un 900 por ciento (mientras que el número de usuarios de Facebook, según la Wikipedia, sólo creció un 228 por ciento). Los administradores del sitio web de Twitter invitan a los nuevos visitantes a que se integren en el ejército de 55 millones de usuarios actuales, señalando que «Twitter es un servicio para que los amigos, la familia y los compañeros de trabajo se mantengan conectados mediante el intercambio de respuestas rápidas y fre-

cuentas a una sencilla pregunta: ¿Qué haces?». Las respuestas, como seguramente sabrá, no sólo deben ser rápidas y frecuentes, sino fáciles de digerir, esto es, muy compactas y breves (al igual que las melodías del gorjeo), con un máximo de 140 caracteres. De modo que la respuesta que se puede *twitrear* en Twitter no será mucho más que «estoy tomando una pizza de cuatro quesos» o «estoy asomado a la ventana» o «tengo sueño y me voy a dormir» o «estoy muerto de aburrimiento». Por cortesía de la administración de Twitter, la notoria reticencia y la bochornosa torpeza para comunicar los motivos y objetivos de nuestros actos, o los sentimientos que los acompañan, dejan de ser un impedimento y ascienden a la categoría de virtud. Lo que se nos dice y se nos da a entender —a nosotros y a otras personas como nosotros— es que lo único que importa es saber y comunicar lo que hacemos en este momento o en cualquier otro; lo que importa es «estar a la vista». Por qué lo hacemos y qué pensamos, a qué aspiramos, con qué soñamos, qué disfrutamos o lamentamos cuando lo hacemos, o incluso las demás razones que nos indujeron a *twitrear* en Twitter, al margen del deseo de manifestar nuestra presencia, son aspectos que carecen de relevancia.

Una vez sustituido el contacto cara a cara por la modalidad «pantalla a pantalla», las que entran en contacto son las *superficies*. Por cortesía de Twitter, el *surf*, el medio de locomoción preferido en esta vida presurosa donde las oportunidades surgen en un instante y al instante desaparecen, ha alcanzado también la comunicación interhumana. Lo que se resiente, como consecuencia, es la intimidad, la profundidad y la durabilidad de la relación y los vínculos humanos.

Los promotores y entusiastas de los «contactos» más rápidos, fáciles y poco problemáticos (o, más exactamente, de la reconfirmación de «estar en contacto») intentan convencernos de que los beneficios compensan con creces las pérdidas. En el apartado de «usos» (del *tweeting*) averiguamos, por ejemplo, a través de la Wikipedia, que «durante los atentados de Bombay de 2008 los testigos enviaron unos ochenta *tweets* cada cinco segundos mientras se desarrollaba la tragedia. Los usuarios de Twitter presentes

en el lugar de los hechos contribuyeron a elaborar una lista de muertos y heridos»; que «en enero de 2009 el avión del vuelo 1549 de US Airways, como consecuencia de múltiples impactos de aves, hizo un amerizaje forzoso en el río Hudson poco después de despegar en el aeropuerto de LaGuardia, en la ciudad de Nueva York. Janis Krums, pasajero de uno de los transbordadores que acudieron para ayudar, sacó una fotografía del avión caído mientras los pasajeros lo evacuaban y la envió a través de *TwitPic* antes de que los medios tradicionales llegasen al lugar»; o que «en febrero de 2009 la organización australiana Country Fire Authority recurrió a Twitter para enviar periódicamente alertas y noticias de última hora en relación con los incendios forestales acaecidos en Victoria en 2009». No obstante, la exposición de los casos anteriores es como un intento de convencer de los beneficios universales de la lotería a los potenciales compradores, publicando de vez en cuando los retratos sonrientes de los pocos afortunados a los que les ha tocado el bote, sin mencionar a los millones de perdedores frustrados...

Asumámoslo: la repercusión de la tecnología cambiante de la comunicación humana es como los logros de la economía dirigida por los bancos, donde las ganancias tienden a privatizarse, mientras que las pérdidas se nacionalizan. En ambos casos, el «daño colateral» tiende a ser desproporcionadamente más extenso, profundo e insidioso que los raros beneficios esporádicos.

Existe, sin embargo, un beneficio diferente, mucho más extenso, que parece ser el principal atractivo del uso del sitio web de Twitter. Desde hace cierto tiempo, la famosa «prueba de la existencia» de Descartes, «Pienso, luego existo», ha dado paso a una versión adaptada a nuestra era de la comunicación masiva: «Me ven, luego existo». Cuanta más gente me ve (o tiene la opción de verme), más convincente es la prueba de mi existencia... Este modelo lo establecieron los famosos. No se mide el peso y la relevancia de los famosos por la importancia de lo que han hecho o por el peso de sus hazañas (además, no es posible evaluar adecuadamente dichas cualidades ni confiar en los criterios que nos llevan a formarnos una opinión al respecto); lo que es seguro es

que los «famosos» importan sólo por la preponderancia de su presencia: millones de personas tienen que verlos y contemplarlos en los quioscos, en las portadas de los diarios sensacionalistas y de las revistas de papel cuché, en las pantallas de televisión... Si tanta gente los observa, sigue sus pasos, escucha todos los cotilleos sobre sus últimas proezas, diabluras y travesuras, habla de ellos, entonces «algo tendrán». ¡Tanta gente no puede equivocarse a la vez! Como lo resumió memorablemente Daniel Boorstin: «El famoso es una persona conocida por su celebridad». ¿Conclusión (no necesariamente cierta, pero creíble en cualquier caso)? Cuanto más *tweetee*, cuanta más gente visite el sitio donde se publica mi *tweet* más probabilidades tendré de engrosar las filas de los famosos. Como sucede en el caso de estos últimos, resulta irrelevante el contenido de mi *tweet*. Al fin y al cabo, lo que leemos y oímos sobre los famosos suele ser la última noticia acerca de sus desayunos, citas, aventuras sexuales y compras. Y dado que el peso de la presencia de una persona en el mundo se mide por su «celebridad», mi *tweet* es también un modo de incrementar mi peso espiritual (una suerte de dieta a la inversa, siendo la dieta el método para reducir el peso corporal).

O eso parece, al menos. Puede que todo sea una ilusión, pero para muchos de nuestros contemporáneos es una ilusión agradable. Les resulta agradable a aquellas personas formadas e instruidas para creer que la *relevancia* del individuo proviene de su *visibilidad*, pero que tienen vedado el acceso al papel cuché y a los diarios sensacionalistas donde radica el poder real para dividir a la gente entre los «vistos» y los «invisibles», así como para mantenerlos en el lado «visible» de la línea divisoria. Twitter es para nosotros, para la gente *corriente*, mientras que las portadas de las revistas semanales y mensuales de papel cuché son para los pocos proclamados como *extraordinarios*. Nuestro *tweet* es como una réplica del esplendor de una *boutique* de alta costura en una tienda de barrio: el sustituto de la equidad para los desfavorecidos. A quienes tienen que comprar en la tienda de barrio, el *tweet* de Twitter les mitiga el dolor de la humillación causada por la inaccesibilidad de las tiendas exclusivas.